CICLO B
TIEMPO ORDINARIO
VI DOMINGO

Jesús, al inicio de su ministerio público, se dedica completamente a la predicación del Reino de Dios y a la curación de los enfermos, revelando así el amor que Dios nos tiene, que "envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él" (1 Jn 4, 9). La enfermedad pertenece a la condición humana. Es una metáfora realista de ella. Experimentamos que no somos capaces de valernos por nosotros mismos. Necesitamos que el Dios cercano "nos coja de la mano y nos levante" (Mc 1, 31).

En el Evangelio de estos domingos se nos relatan varias curaciones milagrosas. Hoy se nos presenta una curación muy especial: la de un leproso. Aparece Jesús en contacto con la enfermedad considerada en aquel tiempo como la más grave: volvía impuro al leproso y lo excluía de la vida social. "Si quieres, puedes limpiarme", dice el leproso. Jesús no evita el contacto con este hombre; más aún, lo toca con la mano —ignorando la prohibición legal—, y le dice: "Quiero, queda limpio".

Hay constancia de que la lepra ha afectado a la humanidad desde hace al menos cuatro mil años. Históricamente esta enfermedad ha sido estigmatizante: considerada incurable y vergonzosa, producía graves mutilaciones. Según la antigua ley judía (Lv 13-14), la lepra era un castigo divino: Una verdadera "impureza" ritual y contagiosa. Se establecía un duro cordón sanitario: el leproso entraba en una situación de exclusión civil y religiosa. Como una especie de muerte. "El que haya sido declarado enfermo de lepra andará harapiento y despeinado, con la barba rapada y diciendo: ¡Impuro, impuro! Mientras le dure la lepra, seguirá impuro, vivirá solo y tendrá la morada fuera del campamento" (primera lectura). En muchos pueblos primitivos era una enfermedad maldita.

El leproso del Evangelio de hoy era uno de los muchos que malvivían marginados fuera de las poblaciones, en los cementerios, en el desierto o en cuevas; a veces por decenas, como los que encontró y curó Jesús (Lc 17, 11-22). Así la lepra entrañaba dolor físico y moral. Incluso la mala conciencia –inducida por los rabinos- de que Dios les estaba castigando por sus pecados, por lo que quedaban excluidos de la comunidad. Cuando un leproso se acercaba, se le ahuyentaba a pedradas.

Estas prácticas contrastan con la actitud de Jesús, que "sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó, diciendo: quiero, queda limpio" (Evangelio). Dice Benedicto XVI: "En ese gesto y en esas palabras de Cristo está toda la historia de la salvación, está encarnada la voluntad de Dios de curarnos, de purificarnos del mal que nos desfigura y arruina nuestras relaciones".

Jesús no tiene miedo al contagio. Más aún, ya Isaías había profetizado que el Siervo del Señor cargaría con nuestros sufrimientos y soportaría nuestros dolores. "nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado" (Is 53). Jesús fue "leproso entre los leprosos" (P. Damián). En una oración decía San Agustín:"¡Señor,

ten compasión de mí! ¡Ay de mí! Mira aquí mis llagas; no las escondo; tú eres médico, yo enfermo; tú eres misericordioso, yo miserable" (Confesiones, X, 39).

La curación tiene un efecto múltiple en la vida del leproso: Jesús le devuelve la salud física, cierra las heridas personales, lo reintroduce en la comunidad de los creyentes y restaura su relación con Dios. Este milagro es signo de la misión de Jesús, el Salvador de todos los hombres, que hizo del leproso un hombre nuevo: Reaccionó divulgando el hecho "con grandes ponderaciones". Es el testimonio agradecido. Para Francisco de Asís, que a sus veinte años aún "estaba en pecados", el beso de la paz al leproso supuso un cambio radical de vida. Desde entonces "Francisco vivió inseparablemente la imitación de Cristo pobre y el amor a los pobres, como las dos caras de una misma moneda" (Papa Francisco).

Ahora Cristo Jesús, resucitado y glorioso, siente lástima por nosotros. Estamos llamados a vivir en comunión con Él por la fe, que obra por el amor, mediante los sacramentos y cumpliendo sus mandamientos (Jn 15, 10). Viviendo con Cristo y como Cristo: "Siguiendo el ejemplo de Cristo" (segunda lectura). El contacto con Cristo nos salva como salvó al leproso. En la oración colecta de hoy pedimos a Dios, que habita en los rectos y sencillos de corazón, vivir por su gracia de tal forma que merezcamos tenerle siempre con nosotros.

Unidos íntimamente al Verbo hecho hombre, somos hijos de Dios. "No hubiéramos podido recibir la incorrupción y la inmortalidad, si no hubiéramos estado unidos al que es la incorrupción y la inmortalidad en persona" (San Ireneo).

MARIANO ESTEBAN CARO